

Opinión, opinión en público, opinión pública

Mario Infelise

Università Ca' Foscari, Venezia

e-mail: infelise@unive.it

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8313-1158>

<https://dx.doi.org/10.5209/chmo.96164>

Recibido: 23 de mayo de 2024 • Aceptado: 16 de septiembre de 2024

Resumen. Las transformaciones del sistema mediático europeo entre los siglos XVI y XVII provocaron reflexiones más o menos conscientes sobre las relaciones existentes entre la formación de opiniones individuales y su impacto en contextos públicos. El presente artículo considera la noción de “opinión” que emerge en algunas de estas reflexiones y su evolución, relacionándola con los instrumentos y las prácticas reales que alimentaron tales opiniones. En la parte final, basándonos en un *Diálogo* (1666) de Gregorio Leti, el foco se centra en los efectos de la difusión de noticias en los dominios españoles en Italia.

Palabras clave: opinión; opinión pública; gacetas; avisos.

EN Opinion, Opinion in public, Public Opinion

Abstract. The transformations of the European media system between the sixteenth and seventeenth centuries prompted more or less conscious reflections on the relations between the formation of individual opinions and their impact in public contexts. The paper considers the notion of “opinion” that emerges in some of these reflections and its evolution, relating it to the actual instruments and practices that nourished opinions. In the concluding part, based on a *Dialogo* (1666) by Gregorio Leti, the focus turns to the effects of the spread of periodical political sheets in the Italian Spanish dominions.

Keywords: opinion; public opinion; gazette; avvisi.

Cómo citar: Infelise, Mario (2024). Opinión, opinión en público, opinión pública, en *Cuadernos de Historia Moderna* 49.2, 243-260.

Las grandes transformaciones del sistema mediático europeo entre los siglos XV-XVI y los conflictos políticos y religiosos vinculados con aquellas generaron significativas reflexiones, más o menos conscientes, sobre las relaciones entre la formación de opiniones individuales y su impacto en contextos públicos. Volver sobre algunas de estas reflexiones puede resultar útil, no tanto para retomar el tema de la arqueología de la opinión pública, que ya cuenta con una amplia

bibliografía, sino para tratar de establecer un anclaje empírico entre las discusiones teóricas y los hechos que las alimentaron.

El punto de partida puede ser una vez más un conocidísimo pasaje de Blaise Pascal que apareció en la edición de Port Royal de las *Pensées* de 1670, que no se puede fechar con precisión pero que se sitúa en la década de 1650 (Pascal murió en 1662) y que se utiliza con mucha frecuencia para introducir estudios sobre opinión pública en la época moderna. Nos situamos dentro de un amplio razonamiento sobre la imaginación y sobre los riesgos que comportaba. Según Pascal, la imaginación es

señora del error y de la falsedad, y tanto más engañosa cuanto que no siempre lo es, porque sería la regla infalible de la verdad si fuera infalible de mentira. Pero siendo la mayoría de las veces falsa, no da ninguna señal de su calidad, destacando lo verdadero y lo falso con el mismo carácter. No hablo de los locos, hablo de los más sabios y es entre ellos donde la imaginación tiene la gran habilidad de persuadir a los hombres. Por mucho que clame la razón, no puede ponerle precio a las cosas¹.

Dentro de este orden de razonamientos, Pascal también se detenía en la opinión, afirmando que

La opinión dispone de todo. Ella crea la belleza, la justicia y la felicidad que lo es todo en el mundo. Me gustaría de todo corazón ver el libro italiano del que sólo conozco el título, que por sí solo vale muchos libros, *Dell'opinione regina del mondo*. Lo suscribo sin conocerlo, excepto el mal, si lo hay².

Proseguía, a continuación, explicando que se trataba de una “*faculté trompeuse*” destinada inevitablemente a inducir a los hombres en error.

La opinión sería, entonces, la “*regina del mondo*”, y la referencia se relacionaba con un libro italiano que Pascal afirmaba no haber visto nunca. Referencias similares encontramos también en otras partes de sus *Pensées*. Así, en otro pasaje, señalaba que “el imperio fundado en la opinión y en la imaginación reina por un tiempo y este imperio es suave y voluntario, el de la fuerza siempre reina. Así pues, la opinión es como la reina del mundo, pero la fuerza es como el tirano”³; en otro, retomaba la expresión ya utilizada, pero la dotaba de un importante cambio en lo que a su significado se refiere: “la fuerza es la reina del mundo y no la opinión. Pero la opinión es la que usa la fuerza. Es la fuerza la que hace la opinión”⁴.

Nadie ha encontrado el libro italiano mencionado por Pascal. En ocasiones ha sido identificado con una obra teatral de Francesco Sbarra, *La forza dell'opinione*, publicada en Lucca en 1658, pero que probablemente no tiene nada que ver con la referencia del gran filósofo y matemático francés⁵. Otros especialistas han hipotetizado sobre diversas derivaciones. En 1995, el historiador canadiense John Gunn, en un libro sobre la noción de opinión pública en la Francia de

¹ “[...] *maîtresse d'erreur et de fausseté, et d'autant plus fourbe qu'elle ne l'est pas toujours, car elle serait règle infailible de vérité si elle l'était infailible du mensonge. Mais étant le plus souvent fausse, elle ne donne aucune marque de sa qualité, marquant du même caractère le vrai et le faux. Je ne parle pas des fous, je parle des plus sages et c'est parmi eux que l'imagination a le grand droit de persuader les hommes. La raison a beau crier, elle ne peut mettre le prix aux choses*”, en Blaise Pascal, *Pensées [...] sur la religion et sur quelques autres sujets, qui ont été trouvées après sa mort parmi ses papiers*, ed. por Philippe Sellier (París: Classic Garnier, 2011), 180. Véase también *Les Pensées de Blaise Pascal*. Consultado el 11-10-2023, <http://www.penseesdepascal.fr/Vanite/Vanite31-moderne.php>.

² “*L'opinion dispose de tout. Elle fait la beauté, la justice et le bonheur qui est le tout du monde. Je voudrais de bon cœur voir le livre italien dont je ne connois que le titre, qui vaut lui seul bien des livres, Dell'opinione regina del mondo. J'y souscris sans le connaître, sauf le mal, s'il y en a*”, en Pascal, *Pensées*, 184.

³ “[...] *l'empire fondé sur l'opinion et l'imagination regne quelque temps et cet empire est doux et volontaire, celui de la force règne toujours. Ains[y] l'opinion est comme la Reine du monde mais la force en est le tiran*”, en Pascal, *Pensées*, 432.

⁴ “[...] *la force est la reine du monde et non pas l'opinion. Mais l'opinion est celle qui use de la force. C'est la force qui fait l'opinion*”, en Pascal, *Pensées*, 397.

⁵ Francesco Sbarra, *La forza dell'opinione, dramma morale [...] rappresentato in musica nel Seminario di Lucca l'anno 1658* (Luca: per Iacinto Paci & c., 1658).

la primera Edad Moderna titulado precisamente *Queen of the World*, proponía que la cita había sido tomada de una obra latina de Girolamo Cardano, en concreto de su *De utilitate ex adversis capienda*, publicada en Basilea en 1561 y en la que el autor delineaba los principios pedagógicos a seguir para que los hijos crecieran sanos moral y físicamente. Cardano, a propósito de la reputación, vinculada al concepto de opinión entre los siglos XV y XVII, escribió que “la reputación [...] y la opinión son reinas de las cosas humanas”⁶. En 1639, en una cronología ya más próxima a la del propio Pascal, la cita aparecía nuevamente, en esta ocasión en una obra de Gabriel Naudé, *Considerations politiques sur le coups d’État*⁷. Desde entonces, a lo largo de las siguientes décadas y siglos, la visión de la opinión que gobierna el mundo aparecería en innumerables ocasiones en las obras de grandes autores, convirtiéndose en una cita corriente en el siglo XVIII, aunque con significados e intenciones no necesariamente coincidentes. Limitándonos a algunos ejemplos célebres, era Voltaire quien en 1764 escribió que “la opinión gobierna el mundo; pero son los sabios quienes a la larga dirigen esta opinión”⁸; por su parte, tan solo cinco años después, para Antonio Genovesi, “la opinión gobierna el mundo. El interés se vale de la opinión”⁹.

II

Pero, ¿por qué se presta esta atención a un concepto que tiende a permanecer tan vago? Hay otra obra, que vio la luz una decena de años antes (1611), escrita por Giulio Cesare Cabei (1530–1622), un oscuro y anciano jurista posiblemente nacido en Venecia pero que parece que vivió en Cento y Conegliano –conocido solo por un pequeño libro sobre el estado de viudez–, que podría ser tomada en consideración¹⁰. Naturalmente, no me atrevo a afirmar que Pascal pudiera referirse a un opúsculo de pocas decenas de páginas, publicado en una pequeña localidad del territorio veneciano y de escasa difusión más allá. El título de la obra en cuestión es *Vanità di opinione di fortuna*¹¹ y su contenido resulta útil para comprender el interés que la sociedad europea podía tener, entre finales del siglo XVI y las primeras décadas del siguiente, sobre el tema de la opinión, su formación, difusión e impacto en la sociedad y la política, proporcionando un compendio no original pero bastante eficaz del significado que la opinión tenía en aquellos años. Cabei utilizaba esta expresión abordando la cuestión desde el punto de vista de un católico convencido. Recordando el *De falsa sapientia* del “dottissimo” apologista cristiano del siglo IV Firmiano Lactancio, expresaba el temor de que la verdad “permanece velada en nuestros días, si no oscurecida, por la opinión, que ha adquirido tanto vigor y fuerza que en muchas cosas prevalece sobre la verdad y parece que sólo la opinión gobierna el mundo, por así decirlo, aunque sea pura y mera vanidad, o más bien nada, como se puede demostrar”¹². Reflexionaba, por tanto, sobre los conceptos de verdad, opinión, vanidad y providencia, que consideraba “*quattro materie gravi et importanti* [cuatro materias graves e importantes]”, pero con profundas diferencias entre sí. Mientras consideraba a la primera y la última –verdad y providencia– materias

⁶ “*Aestimatio [...] et opinio rerum humanarum reginae sunt*”, en Girolamo Cardano, *De utilitate ex adversis capienda* (Basilea: per Henrichum Petri, 1561), 866; John Alexander Wilson Gunn, *Queen of the World: Opinion in the Public Life of France from the Renaissance to the Revolution* (Oxford: Voltaire foundation, 1995), 70.

⁷ Gabriel Naudé, *Considérations politiques sur les coups d’état* (Roma: s. i., 1639), 51.

⁸ “[...] *l’opinion gouverne le monde; mais ce sont les sages qui à la longue dirigent cette opinion*”, en Voltaire, *Conformez-vous aux temps* [1764], citado en Gunn, *Queen of the World*, 175.

⁹ “[...] *l’opinione governa il mondo. L’interesse si serve della opinione*”, en carta de Antonio Genovesi a Filippo Ridolfo, Nápoles, 18 de abril de 1769, en Antonio Genovesi, *Lettere familiari*, vol. 2 (Nápoles: presso Vincenzo Orsino ed a spese di Giacomo-Antonio Venaccia, 1788), 128.

¹⁰ Giulio Cesare Cabei, *Ornamenti della gentil donna vedova. Opera nella quale ordinatamente si tratta di tutte le cose necessarie allo stato vedovile* (Venecia: appresso Christoforo Zanetti, 1574).

¹¹ Giulio Cesare Cabei, *Vanità di opinione e di fortuna, discorso del dottor Giulio Cesare Cabei vtile, e diletteuole a studiosi di buone lettere* (Conegliano: per Marco de Claseri, 1611).

¹² “[...] *ai nostri giorni resti velata, se non oscurata dall’opinione, la qual ha preso tanto vigore e forza che in molte cose prevale alla verità et par che l’opinione sola governi il mondo, per così dire, con tutto che sia pura e mera vanità, anzi un niente, come si può dimostrare*”, en Cabei, *Vanità di opinione*, 13.

suficientemente sólidas y reales para ser alabadas, amadas y deseadas, las dos del medio [opinión y vanidad] se resuelven en pura y mera vanidad, pero de tal fuerza y poder que han dado ocasión a larguísimos tratados y discursos a hombres verdaderamente muy sabios¹³.

Invitaba a aferrarse “a la luz clara de la verdad y a la seguridad de la divina providencia, dejando las sombras de las opiniones y la vanidad de la fortuna”¹⁴. El argumento central del razonamiento era, por tanto, que la verdad estaba velada, si no oscurecida por la opinión, la cual había adquirido tanto vigor que en muchas circunstancias tendía a prevalecer sobre la verdad, hasta el punto de que podía parecer que sólo la opinión dominase el mundo.

Basándose en citas tomadas de Aristóteles, Platón, otros filósofos de la Antigüedad y escritores y juristas más recientes, Cabeí desarrollaba su argumento sosteniendo que la opinión se originaba en la ignorancia y se contraponía a la ciencia, entendida como sistema de conocimientos en armonía con la revelación cristiana y destinada a proporcionar verdades. La opinión, por el contrario, estaba destinada por naturaleza a ser incierta y a alimentar los males de la sociedad, consecuencia de las opiniones erróneas, falsas y diabólicas de magos y herejes. A este respecto, Cabeí citaba abiertamente a Lutero y Calvino, y añadía que las opiniones se encontraban en la base de todos los conflictos, desde los religiosos y políticos capaces de desgarrar Estados y sociedades, hasta aquellos que estallaban en el seno de las propias familias.

Naturalmente no había nada de nuevo ni de original en el razonamiento de Cabeí, que consideraba antitéticos los conceptos de verdad y opinión. Además, disponemos del concepto de *δόξα* (*doxa*) y del mito de la caverna de Platón, quien, como es ampliamente conocido, colocaba la opinión entre la ciencia y la ignorancia. Del mismo modo, hubo juristas en el siglo XVI, tal es el caso de Macagnano Azzoguidi, que en su obra *De communi opinione* abordaba el tema de la opinión predominante en la resolución de cuestiones jurídicas, que se complicaba a menudo a causa de la confusión en la que estaban inmersos los juristas, “generada de la diversidad y de la contrariedad de opiniones”¹⁵.

La constatación de la diversidad de opiniones y los efectos negativos resultantes en la sociedad invitaban a reflexionar sobre la naturaleza en un intento de encontrar un sistema para gobernarlas. Se dejaban atrás entonces décadas de devastadores conflictos causados por concepciones religiosas y políticas incompatibles entre sí. La implementación en Europa de imponentes sistemas de regulación de ideas y de control de los principales instrumentos de comunicación no había resuelto el problema. A finales del siglo XVI, el jesuita Antonio Possevino, mientras criticaba la licencia de las opiniones, se planteaba el objetivo concreto de formarlas y de hacerlas impermeables a las tentaciones. Consideraba, por tanto, que

la opinión proporciona cosas creíbles que son verdaderas o falsas; de ahí nacen silogismos verosímiles que no traen consigo duda alguna: la fantasía brinda imágenes vanas, sueños, engaños, como guiada por la semejanza que tienen varias cosas entre sí, que por ignorancia o inadvertencia junta y mezcla imprudentemente de modo que surge la confusión por ambigüedad de voz o de sentencia de tal manera que a quien se apoya en una de ellas le sucede lo que le sucede a quien, caminando en la oscuridad y muchas veces a tientas, a menudo tropieza porque no utiliza ni la luz del intelecto ni la de la palabra¹⁶.

¹³ “[...] sode e reali da esser lodate, amate et desiderate, le due di mezzo si risolvono in pura e mera vanità, di tanta forza però e di tanto poter che ha dato occasione di longhissimi trattamenti e discorsi a huomeni in vero sapientissimi”, en Cabeí, *Vanità di opinione*, 7-8.

¹⁴ “[...] alla chiara luce della verità et alla sicurezza della divina providenza, lasciando l'ombre delle opinioni e la vanità della fortuna”, en Cabeí, *Vanità di opinione*, 8.

¹⁵ “[...] generata dalla diversità et contrarietà delle opinioni”, en Cabeí, *Vanità di opinione*, 13; Maccagnano degli Azzoguidi, *De communi opinione libri tres* (Turín: apud Martinum Crauotum, 1562).

¹⁶ “[...] l'opinione somministra cose credibili or vere or false; onde nascono sillogismi verisimili i quali con sé portano alcun dubbio: la fantasia porge vane immagini sogni inganni, come guidata dalla somiglianza che insieme hanno varie cose, le quali per ignoranza o inavertenza congiunge e mescola temerariamente onde nasce confusione per ambiguità di voce o di sentenza appunto di modo che chi si appoggia sopra una di queste gli avviene ciò che a chi camminando al buio e andando spesso a tentoni spesso inciampa per non

De ahí la necesidad de concebir un sistema educativo capaz de influir en la formación de los individuos y, por lo tanto, de contener las opiniones en un espacio de elecciones controlables. Un maestro, antes de comenzar a enseñar, debía tener presentes las opiniones “más seguras” y en su labor de transmisión no debía apartarse de ellas.

No era, a fin de cuentas, muy diferente la aproximación al tema que hacían los principales opositores de los jesuitas. Paolo Sarpi, el teólogo consultor de la república de Venecia, quien en privado se planteó la cuestión del “*Arte di ben pensare*”¹⁷, o en palabras de su principal colaborador, Fulgenzio Micanzio, “sobre cómo surgen en nosotros las opiniones y cómo cesan”¹⁸, centró su atención en la necesidad de que la enseñanza transmitiera la verdad. Sin embargo, señalaba al mismo tiempo que era preciso preocuparse de la preparación de los maestros, siendo “peligroso aprender de otros, porque se aprenden más falsedades que verdades”¹⁹. Intentó, por tanto, reflexionar sobre los mecanismos habituales de transmisión de los conocimientos:

aprender unos de otros es algo que sucede más en los humanos que en otros animales; y aunque es útil en parte, porque sabemos más cosas, mientras que hemos aprendido muy pocas por nuestra propia invención, no menos porque no sólo aprendemos verdades, sino falsedades en mayor número y una falsedad hace más daño que cien verdades, de ahí que todas sean servidumbres y superfluidades, porque las aprendemos unos de otros y sería mejor para quienes nunca han aprendido nada de los demás, que vivieran más conforme a la naturaleza, señal de que quienes más aprenden son más serviles²⁰.

También para Sarpi el remedio se hallaba en la educación, pero obviamente con supuestos radicalmente diferentes a los de Possevino. Lo que le preocupaba, por encima de cualquier otra cosa, era evitar una educación que impusiera el modelo de formación de las grandes órdenes religiosas de la Contrarreforma, como los jesuitas o los teatinos, que buscaban convertirse en “*patroni*” de la juventud y, en consecuencia, de sus familias, con el fuerte debilitamiento de la autoridad del Estado que ello comportaba.

Más allá de los remedios individuales propuestos en la época, prevalecía la idea generalizada de que la opinión equivalía a un conocimiento parcial o insuficiente de las cosas, destinado a engañar a quienes confiaban. “*Fallimur opinione* [la opinión nos engaña]” recitaba uno de los cien emblemas (fig. 1) reunidos por Diego Saavedra Fajardo (1580-1648) en su exitosa *Idea de un príncipe político cristiano*, obra que contó con veintiuna ediciones en español, seis en italiano, cuatro en francés, dos en alemán, otras tantas en holandés y una en inglés. El autor, uno de los embajadores más experimentados del rey católico, había compuesto un libro de emblemas abiertamente

usare né della luce dell'intelletto né del discorso”, en Antonio Possevino, *Coltura de gl'ingegni [...]. nella quale con molta dottrina, & giudizio si mostrano li doni che gl'ingegni dell'huomo ha posto Iddio, la uarietà, & inclinatione loro, e di doue nasce, & come si conosca, li modi, e mezi d'essercitarli per le discipline, li rimedij a gl'impedimenti, li coleggi, & vniversità, l'uso de' buoni libri, e la correzione de' cattiu* (Vicenza: appresso Giorgio Greco, 1598), 64. La *Coltura de gli ingegni* es la versión italiana de la parte introductoria de la más célebre *Bibliotheca selecta* (Roma: Tipografia apostolica vaticana, 1593), 41-42. Sobre Possevino, véase Luigi Balsamo, *Antonio Possevino S.I. bibliografo della Controriforma e diffusione della sua opera in area anglicana* (Florence: Olschki, 2006).

¹⁷ Paolo Sarpi, *Miscellanea di osservazioni intorno ai principii dell'arte di ben pensare*, en *Pensieri naturali, metafisici e matematici*, ed. por Luisa Cozzi y Libero Sosio (Milán, Nápoles: Ricciardi, 1996), 593.

¹⁸ “[...] *circa il nascere delle opinioni e del cessare che fanno in noi*”, en Fulgenzio Micanzio, *Vita del padre Paolo*, en Paolo Sarpi, *Istoria del Concilio tridentino*, ed. por Corrado Vivanti (Turín: Einaudi, 1974), 1322.

¹⁹ “[...] *pericoloso imparare dagli altri perché si imparano più falsità che verità*”, en Micanzio, *Vita del padre Paolo*, 1323.

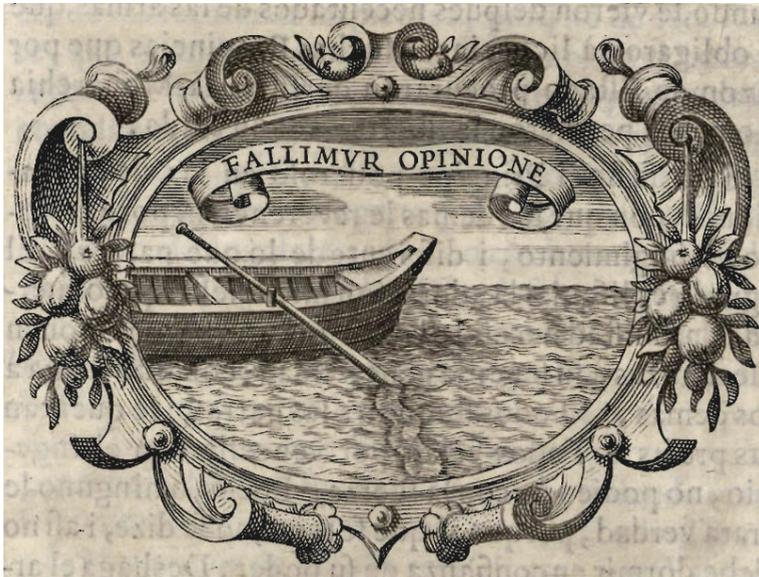
²⁰ “*l'imparare l'uno dall'altro è cosa che più avviene negl'uomini che negl'altri animali; e sebbene è utile in parte, perché sappiamo più cose, laddove pochissime per propria invenzione averessimo imparate, nulladimeno perché non solo si imparano verità, ma falsità in maggior numero e più nuoce una falsità che non giovano cento verità, di qui è che avvengono tutte le servitù e superfluità, perché le impariamo l'uno dall'altro e meglio sarebbe per chi non avesse mai imparato niente da altri, che questo viverebbe più conforme alla natura, segno che quelli che più imparano sono più servi*”, en Sarpi, *Miscellanea*, 593. Sobre esta cuestión, véase Maurizio Sangalli, «Dell'educazione, tra teoria e prassi: Paolo Sarpi e i Teatini di Bergamo» en *Ripensando Paolo Sarpi*, ed. por Corrado Pin (Venecia: Ateneo Veneto, 2006), 439-460.

anti-maquiavélico con el propósito de proporcionar un manual práctico de gobierno. A lo largo de sus páginas, el autor retoma en varias ocasiones la cuestión del papel desempeñado por la opinión, cuya empresa es representada a través de una embarcación con un remo con el extremo inferior sumergido, dando la impresión al observador de estar roto. La imagen servía para atacar a los escépticos que dudaban de todo, “sin resolverse a afirmar por cierta cosa alguna”:

De donde nacen tan desconformes opiniones i pareceres, como ai en los hombres, comprehendiendo cada uno diversamente la cosas, en las quales también hallaremos la misma incertidumbre i variación, porque puesta aquí o allí cambian sus colores i formas o por la distancia o por la vecindad o porque ninguna es perfectamente simple o por las mixtiones naturales i especies que le ofrecen entre los sentidos i las cosas sensibles, i así dellas no podemos afirmar que son, sino decir solamente que parecen formando opinión i no sciencia²¹.

La duda causada por la diversidad de opiniones –repetía Saavedra– engaña y está destinada a quedar sin resolución. Nada era peor que un príncipe escéptico, “porque quien en todo duda, nada resuelve”.

Fig. 1. Pictura de la empresa 46 (*Fallimur opinione*), en Diego Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano representada en cien empresas* (En Múnich, 1640; en Milán, 1642), 302.



III

Los grandes conflictos del siglo XVI a los que se ha hecho referencia explican la frecuencia con la que, a finales de dicha centuria, en ambientes diversos y distantes se plantease el tema de la naturaleza y los efectos de la opinión. Como había observado Montaigne, otro autor clave en aquellos años, “los hombres [...] son atormentados por las opiniones que tienen sobre las cosas,

²¹ Diego Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano representada en cien empresas* (En Múnich, 1640; en Milán, 1642), 303. Sobre Saavedra Fajardo, véase Francisco Murillo Ferrol, *Saavedra Fajardo y la política del barroco* (Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1989).

no por las cosas mismas”²². De ello derivaron, en algunos campos específicos, consideraciones sobre la formación de las opiniones, su inevitable relatividad y las razones por las cuales los hombres desarrollaban opiniones diferentes basadas en motivaciones que escapaban a la racionalidad y que estaban más relacionadas con inclinaciones y sensibilidades personales. Y aunque pudieran resultar engañosas, tampoco era posible, según Montaigne, reprimir en exceso las opiniones para evitar los riesgos de la tiranía. En su ensayo *De la liberté de conscience*, citando al emperador Juliano, recordaba que “aflojar las riendas” de las opiniones implicaba el riesgo de alimentar aún más las divisiones, ya que no había ningún remedio que pudiera repararlas. Por otro lado, “soltar las riendas” tenía la ventaja de “suavizar” y “relajar” las opiniones mismas, que de lo contrario habrían corrido el riesgo de radicalizarse en caso de que hubieran sido impuestas rígidas limitaciones²³.

Esta misma cuestión era retomada, entre otros, por Pierre Charron, amigo de Montaigne, en su tratado *De la sagesse*, obra publicada por primera vez en 1601, ampliamente reimpressa y traducida al inglés, italiano y alemán. Significativa e instructiva resulta la alegoría de la sabiduría (fig. 2) y el papel desempeñado por la opinión, tal y como se presenta al comienzo de la segunda edición, publicada en 1604²⁴. En la explicación se afirma que la sabiduría es una

hermosa mujer completamente desnuda, sin que aparente vergüenza, casi inexistente, en su naturaleza simple, *quia puram naturam sequitur* [porque conserva una naturaleza pura], de rostro sano, majestuoso, alegre, risueño, mirada fuerte y magistral: cuerpo erguido, pies juntos sobre un cubo, con los brazos cruzados, como abrazándose a sí misma, como afeñándose a sí misma, sobre sí misma, en sí misma, contenta de sí misma. Sobre la cabeza una corona de laurel y olivo, es la victoria y la paz. Un espacio o vacío alrededor, que significa libertad, mirándose en un espejo bastante alejado de ella sostenido por una mano que sale de una nube en cuyo reflejo aparece otra mujer parecida a ella: porque siempre se mira y se conoce²⁵.

Bajo ella se encuentran cuatro mujeres encadenadas, con los ojos vidriosos, inestables y aturdidas:

feas, enclenques, arrugadas, encadenadas y sus cadenas se rinden y terminan en el cubo que está bajo los pies de la sabiduría, quien las desprecia, condena y pisotea, a cuyos pies están dos al lado derecho de la inscripción [con el título de la obra], a saber, la pasión y la opinión. La pasión, delgada, con el rostro alterado, y la opinión, con mirada errante, voluble, aturdida, sostenida por numerosas personas: es el pueblo. Las otras dos están al otro lado de la inscripción: a saber, la superstición con el rostro vuelto juntando las manos como un sirviente que tiembla de miedo, y la ciencia, virtud u orgullo artificial, adquirido, pedante, al servicio de las leyes de la costumbre, con la cara sucia, rostro glorioso, arrogante, de cejas arqueadas, que lee un libro donde está escrito: “sí”, “no”²⁶.

²² “[...] les hommes [...] sont tourmentez par les opinions qu’ils ont des choses, non par les choses mesmes”, en Michel de Montaigne, *Les essais*, ed. por Jean Balsamo, Michel Magnien y Catherine Magnien-Simonin (París: Gallimard, 2007), cap. XIV.

²³ Montaigne, *Les essais*, 710.

²⁴ Pierre Charron, *De la Sagesse*[...], 2ª ed. revisada y aumentada por G. M. de la Rochemaillet (París: Chez David Douceur Libraire luré rué Saint Jacques à l’enseigne du Mercure arresté, 1604). La explicación del grabado ha sido tomada de la edición de Leiden: Elseviers, 1646.

²⁵ “[...] belle femme toute nue, sans que ses hontes paroissent, quasi non essent, en son simple naturel, quia puram naturam sequitur, au visage sain, maste, joyeux, riant, regard fort et magistral: corps droit, les pieds joints sur un cube, les bras croisez, comme s’embrassant elle mesme, comme se tenant à soy, sur soy, en soy, contente de soy. Sur la teste une couronne de laurir et d’olivier, c’est victoire et paix. Une espace ou vuide à l’entour, qui signifie liberté, se regardant dedans un miroir assez esloigné d’ellesoustenu d’une main sortant d’un nuage dans la glace duquel paroist une autre femme semblable à elle: car tousiours elle se regarde et se cognoist”, en Charron, *De la sagesse*, Leiden: Elsevier, 1646.

²⁶ “[...] laides, chétives, ridées, enchainées et leurs chaines se rendent et aboutissent au cube qui est sous les pieds de la sagesse, qui les mesprise, condamne et foule aux pieds desquelles deux sont du costé droict de l’inscription du livre, sçavoir, passion et opinion. La passion, maigre au visage tout alteré, l’opinion,

Fig. 2. Léonard Gaultier, *Frontispicio de Pierre Charron, De la Sagesse [...]* (París: chez David Douceur, 1604).



Frente a la transparencia y la pureza de la sabiduría se hallaban, a sus pies, los vicios que se le oponían: la pasión, la opinión, la superstición y el saber pedante. La opinión era representada como una mujer tambaleante, sostenida con dificultad por una multitud de individuos, imagen que transmite la idea de otro de los aspectos característicos de la cuestión: el problema de la opinión en público —aún no opinión pública— y la necesidad de gobernarla mediante sistemas que no parecieran tiránicos. Dentro del texto, el juicio sobre la opinión retomaba este tipo de conceptos, recuperando algunas de las reflexiones de Montaigne ya mencionadas. El tumulto de las pasiones que agitaban a los pueblos siempre estaba determinado por la “loca opinión, sorda, ciega y perversa”:

En esta parte y facultad está y aloja la opinión, que es un juicio vano y ligero, crudo e imperfecto de las cosas, extraído y basado en los sentidos externos, y del rumor común y vulgar, deteniéndose y afirmándose en la imaginación, sin llegar nunca al entendimiento, para ser examinado, cocinado y elaborado, y hecho de él razón, que es un juicio verdadero, completo y sólido de las cosas, de las cuales es inconstante, incierto, voluble, engañoso, un juicio muy malo y peligrosa guía, y que pone a prueba la razón, de la cual es una sombra e imagen, pero vana y falsa; es madre de todos los males, confusiones, desórdenes; de ella provienen todas las pasiones y perturbaciones; es la guía de locos, tontos, vulgares, como la razón lo es de sabios y listos²⁷.

aux yeux esgarez, volage, estourdie, soustenue et par nombre de personnes, c'est le peuple. Les deux autres sont de l'autre costé de l'inscription : savoir, superstition au visage transjoignant les mains comme une servante qui tremble de peur, et la science, vertu ou preud'homme artificielle, acquise, pedantesque, serve les loix des coustumes, au visage enslé, glorieux, arrogant, avec les sourcils relevez, qui lit un livre ou y a escrit oui, no”, en Charron, De la sagesse, Leiden: Elsevier, 1646.

²⁷ “[...] folle opinion, sourde, aveugle et perverse”; y “En cette partie et faculté se tient et loge l’opinion, qui est un vain et leger, crud et imparfait jugement des choses, tiré et puisé des sens exterieurs, et du bruit com-

También para Charron la opinión contrastaba claramente con la verdad y la razón. Las opiniones son muchas, pero la verdad “no es más que una y uniforme”. También él se planteaba el problema de la transmisión de ideas y opiniones con consideraciones bastante interesantes y originales: “Casi todas las opiniones que tenemos, las tenemos sólo por autoridad”, y proseguía explicando que creemos, actuamos, vivimos y morimos “*á credit*”, sobre la base de cuanto se aprende en las prácticas públicas, siendo en general demasiado débiles para elegir y juzgar de manera autónoma²⁸.

La cuestión de la opinión en público no era, de hecho, reciente, y ya venía planteando problemas políticos desde hacía tiempo. Ya había ocurrido, por ejemplo, a principios del Quinientos, durante las guerras de Italia, en ciudades como Venecia, espacio de convergencia y reorganización de la información, y centro político de una república en la que no existía una clara separación entre los órganos de decisión del Estado y la plaza, espacio público por excelencia. Massimo Rospocher ha observado que ya en ese momento se le asignaba un valor político a la opinión “vulgar”, prevaleciente pero débil y errónea, capaz de influir en el gobierno de la República. Por lo tanto, hubo quienes confiaron en alguna forma de regulación de las opiniones “para que no fuese lícito decir y hablar con cualquiera en lugares públicos sobre todo cuanto pareciese y quisiese”²⁹. En una república, por otro lado, era difícil contener la libertad de expresión y de opinión, garantizada a cada patricio en el ejercicio de sus funciones de gobierno solo y exclusivamente en el seno de los consejos, y era inevitable que el debate se desbordara en las plazas y más allá, involucrando también la opinión vulgar que todos consideraban que debía mantenerse al margen³⁰. Y sobre los efectos, siempre considerados nefastos, de la opinión del vulgo, se recuperan insistentemente a lo largo del siglo algunos preceptos políticos, a menudo inspirados en las obras de Tácito y reducidos a aforismos ampliamente difundidos: “César no debe dejarse gobernar por la opinión del pueblo”; o “los asuntos de un príncipe se hallan en mal estado, si su Estado se sustenta más en la opinión y la fama que en la sustancia de serlo”; o incluso “cuando el Estado más poderoso del Reino se inclina hacia el príncipe, será más fácil ganarse la voluntad de los demás porque los pocos siguen siempre la opinión de la mayoría y los menos fuertes la de los más poderosos”³¹.

El último de los aforismos tacitianos referidos abordaba los mecanismos que regulaban el fenómeno de la opinión en público, tal y como los delineó la politóloga Elizabeth Noelle-Neumann en la conocida teoría de la *espiral del silencio*. En un contexto público, las elecciones individuales, en lugar de ser el resultado de una evaluación racional de las opiniones disponibles, estarían

mun et vulgaire, s'arrestant et tenant bon en l'imagination, et n'arrivant jamais jusques à l'entendement, pour y estre examiné, cuit et élaboré, et en estre fait raison, qui est un vray, entier et solide jugement des choses: dont elle est inconstante, incertaine, volage, trompeuse, un très mauvais et dangereux guide, et qui fait teste à la raison, de laquelle elle est une ombre et image, mais vaine et fausse: elle est mère de tous maux, confusions, desordres: d'elle viennent toutes passions et les troubles; c'est le guide des fols, desots, du vulgaire, comme la raison des sages et habiles”, en Charron, De la Sagesse, 105-107.

²⁸ Charron, *De la Sagesse*, 108.

²⁹ “[...] all'opinione ‘vulgare’, prevalente ma debole ed errónea, una Valenza politica, ritenendola in grado di condizionare il governo della Serenissima”; y “affinché non fusse licito ad dire et parlare a tutti sopra le piazze pubbliche quello et quanto gli pareva ed piaceva”, en Massimo Rospocher, *Il papa guerriero. Giulio II nello spazio pubblico europeo* (Bologna: Il Mulino, 2015), 215.

³⁰ Según el testimonio de Marin Sanudo: “è in libertà di cadaun senadore [...] montar in rengha et dir la sua opinione, si ben fosse contra l'opinione del principe [es libertad de cada senador [...] presentarse entre la multitud y expresar su opinión, incluso si fuera contra la opinión del príncipe]”, en Filippo de Vivo, *Partrizi, informatori, barbieri: politica e comunicazione a Venezia nella prima età moderna* (Milán: Feltrinelli, 2012), 138.

³¹ “Cesare non si deve regolare con l'opinione del volgo”; “[...] in cattivo stato si trovano le cose di un principe, lo stato del quale si sostiene più con l'opinione e con la fama che con la sostanza dell'esser tale”; “[...] quando lo stato più potente del Regno si inclina al principe agevol cosa sarà acquistarsi la volontà del rimanente perché i manco seguitano sempre l'opinione delle maggior parte e i manco forti quella dei più potenti”, fragmentos aforismos editados en Tácito, *Opere* (Venecia: presso Paolo Baglione, 1665), 286, aforismo C 25; 169, aforismo E 117; 224, aforismo C 160, respectivamente. La edición de las obras de Tácito, traducidas al italiano por Girolamo Canini, estaba integrada por los aforismos de Baltasar Álamos de Barrientos tomados de *Tácito español ilustrado con aforismos* (Madrid: por Luis Sánchez, a su costa, y de Iuan Hasrey, 1614).

influenciadas por condicionantes determinados por la interacción social. En otras palabras, los individuos tienden a orientarse hacia las opiniones consideradas mayoritarias. En caso de conflicto entre sus propias opiniones y la opinión percibida como dominante, el temor al aislamiento llevaría al silencio³².

IV

La frecuente asociación del concepto de “fama” al de opinión sugiere que, en general, se tendía a descuidar los mecanismos que en aquellos años estaban cambiando profundamente las formas de la comunicación. Hasta entonces, de hecho, no han aparecido referencias a los objetos y a las prácticas que alimentaban las opiniones. Al igual que en la época de Maquiavelo, la discusión tiende a mantenerse en un nivel abstracto, sin tener en cuenta las transformaciones que, a lo largo del tiempo, había impuesto la escritura reproducida, ya sea manuscrita o impresa, y el imponente sistema de control que de ello se había derivado³³.

Por otro lado, si el problema era prevenir los riesgos de las opiniones divergentes, a finales del siglo XVI se percataron de que décadas de medidas restrictivas, centradas preferentemente sobre los libros impresos, no habían sido suficientes, y que las formas menos estructuradas de escritura continuaban alimentando intensamente las opiniones y revelando su peligrosidad, especialmente cuando operaban en entornos públicos. Ya era evidente cuán problemático resultaba controlar cada manifestación, no sólo de escritura impresa, sino también del manuscrito, que tendía a reproducirse sin posibilidad real de verificación previa y que encontraba fácil terreno de expansión en los entornos urbanos. Mientras que un libro era, indiscutiblemente, un libro, las escrituras capaces de alimentar opiniones, especialmente en espacios urbanos, eran múltiples y de difícil definición. Se hablaba de libelos famosos en prosa y en verso, de pasquines, avisos, gacetas, informes, cartas, relaciones, etc., todas ellas formas poco estables, limitadamente seriadas y de ardua identificación. Probablemente no sea una coincidencia que alrededor de la década de 1570, importantes instituciones encargadas de este control intentaran concebir herramientas para supervisar incluso estos materiales con medidas que, sin embargo, reflejaban incertidumbres sobre su naturaleza, aunque quedaba claro el intento de limitar la circulación de cualquier medio capaz de alimentar opiniones. Más o menos al mismo tiempo, tanto en Venecia como en Roma, entre febrero y marzo de 1572, se trató de imponer límites a la profesión de escribir y vender noticias, en ese momento considerada “nueva”. En la primera ciudad, el Consejo de los Diez, al constatar la existencia de “*molti[...] che fanno publica professione di scriver nuove* [muchos [...] que publican ser profesionales de la escritura de noticias]”, prohibía la continuación de dicha profesión. Un mes más tarde, en Roma, el 17 de marzo de 1572, se publicó la *Constitutio* de Pío V “*contra scribentes, exemplantes et dictantes monita vulgo dicta gli avisi e ritorni*”, que imponía graves sanciones a los escritores de avisos³⁴.

La lectura de tales medidas también revela la incomodidad que generaba una actividad que se habría deseado contener, pero para la cual no se pretendía operar con la radicalidad que hubiera sido necesaria si la intención hubiera sido suprimirla de una vez por todas. Resulta evidente que el servicio de redacción y transmisión de los avisos era un fenómeno europeo indispensable para muchos, en primer lugar, para los propios gobiernos. Algunos veían los riesgos y, en particular, las consecuencias de que la política se volviera pública y se narrara en su perpetuo y confuso

³² Elisabeth Noelle-Neumann, *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social* (Barcelona: Paidós, 1995).

³³ Sobre Maquiavelo y la fama, véase Sandro Landi, *Naissance de l'opinion publique dans l'Italie moderne: sagesse du peuple et savoir de gouvernement de Machiavel aux lumières* (Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2006).

³⁴ Mario Infelise, *Prima dei giornali. Alle origini della pubblica informazione* (Roma, Bari: Laterza, 2002), 155-156. Nos referimos a la *Constitutio contra scribentes exemplantes, & dictantes monita vulgo dicta gli avisi, & ritorni* (Roma: apud haeredes Antonii Bladi impressores Camerales, 1572). Sobre la política pontificia contra tales materiales remitimos a Gliola Fragnito, *Rinascimento perduto: la letteratura italiana sotto gli occhi dei censori (secoli XV-XVII)* (Bologna: Il Mulino, 2022), 245-271.

devenir. Sin embargo, inevitablemente, no parecía haber alternativa. Esta fue probablemente la razón por la cual la represión tendía a ser selectiva y a actuar contra las escrituras infamantes y las noticias falsas, categorías que, como es bien sabido, entonces y ahora, son muy difíciles de verificar y circunscribir. De hecho, las medidas represivas nunca funcionaron y la escritura y redacción de dichos textos continuaron prácticamente sin obstáculos. Quizás, el razonamiento más lúcido al respecto fue el de Paolo Sarpi, quien en más de una ocasión proporcionó asesoramiento confidencial a su gobierno sobre cómo abordar la circulación de opiniones, consciente de que eran las “*parole*” las que proporcionaban sustancia a las “*opinioni nel mondo*” y de las cuales se derivaban divisiones, conflictos y guerras: palabras sí, pero capaces de movilizar “*eserciti armati*”³⁵.

Cuando entre 1620 y 1621 comenzó a circular en Europa, impresa y manuscrita, en latín y en varios idiomas vernáculos, una *Secretissima instruzione data a Federico quinto conte palatino*, en la cual el autor, un católico pro-imperial, entre otras observaciones sobre la política europea de su tiempo, criticaba aspectos relevantes de la posición veneciana, el Senado preguntó a Sarpi si sería apropiado refutar públicamente el escrito³⁶. En tal ocasión, Sarpi proporcionó un informe detallado sobre cómo debían tratarse los escritos destinados a fomentar el debate político. Partiendo de consideraciones generales, Sarpi afirmaba que los mecanismos más eficaces de amplificación de las opiniones en su época eran los trabajos de confesores y predicadores, así como la difusión de escrituras de carácter político³⁷. Dejando a un lado la primera cuestión, de la que Sarpi había tenido ocasión de ocuparse, en un arranque de sinceridad admitía “que el verdadero medio de gobernar al súbdito es mantenerlo sin conocimiento de las cosas públicas y en veneración de ellas”³⁸. Sin embargo, le parecía evidente la imposibilidad de ilusionarse con la idea de que la política pudiera permanecer en el más absoluto secreto y que era necesario reconocer que los intensos e imparable flujos de noticias escritas incrementaban la búsqueda de información. También consideraba que los mecanismos psicológicos inherentes al acto de la lectura hacían ineficaz una cuidada, aunque tradicional, refutación del escrito. El resultado final, según Sarpi, era que “el sujeto [...] poco a poco pretende ser juez de las acciones del príncipe y también se acostumbra a esta comunicación, hasta el punto de que considera que tiene derecho a ella”. Tampoco le parecía una solución viable la de detener bruscamente los flujos informativos, ya que la costumbre estaba tan arraigada que el pueblo consideraba que la información le era debida y, en caso de ser interrumpida, “estima ser despreciado y concibe odio”³⁹. Sugería, por lo tanto, que se respondiera a las difamaciones ilustrando de manera realista las razones de Venecia y del contexto, ya que la República no estaba “exenta de las condiciones humanas”⁴⁰ y, por lo tanto, de

³⁵ Paolo Sarpi, *Sopra l'ufficio dell'Inquisizione*, ed. por Corrado Pin (Venecia: Istituto veneto di scienze, lettere ed arti, 2018), 234-235. Conviene señalar que la obra fue escrita en 1613.

³⁶ El título indicado es el que figura en la traducción italiana manuscrita (una copia se encuentra en la Biblioteca del Museo Correr de Venecia, Provenienze diverse, 1093). La versión latina impresa se titula *Secretissima instructio, Gallo-Britanno-Batava, Friderico V comiti Palatino electori [sic] data. Ex gallico conversa, ac bono publico, in lucem evulgata* (S. l.: s. i., 1620). A este respecto, véanse las observaciones de Gaetano y Luisa Cozzi, «Del confutar scritte malediche», en Paolo Sarpi, *Opere*, ed. por Gaetano Cozzi y Luisa Cozzi, (Milán, Nápoles: Ricciardi, 1979), 1167-1180; Noel Malcolm, *Reason of state, propaganda, and the Thirty Years' War: an unknown translation by Thomas Hobbes* (Oxford, Nueva York: Oxford University Press/Clarendon Press, 2010).

³⁷ El texto de la consulta está en Sarpi, *Opere*, 1167-1180 («Del confutar scritte malediche 29 genaro 1620»). A este respecto, además de las ya citadas observaciones de Gaetano y Luisa Cozzi, véase Pasquale Guaragnella, «Agnosco Stylum». Un consulto di Paolo Sarpi e la retorica», en *Gli occhi della mente. Stili nel Seicento italiano*, ed. por Pasquale Guaragnella (Bari: Palomar, 1997), 41-122; Filippo de Vivo, «Il vero termine di reggere il suddito»: Paolo Sarpi e l'informazione», en *Ripensando Paolo Sarpi*, ed. por Corrado Pin (Venecia: Ateneo Veneto, 2006), 237-270; Brendan Dooley, *The social history of skepticism: experience and doubt in early modern culture* (Baltimore, Londres: Johns Hopkins University Press, 1999), 33-34.

³⁸ “[...] che il vero termine di regger il suddito è mantenerlo senza saputa delle cose pubbliche e in venerazione di quelle”, en Sarpi, *Opere*, 1180.

³⁹ “[...] il suddito... pian piano s'arrogga di far il giudice delle azzioni del prencipe e si avvezza anco a questa comunicazione, sì che reputa che gli sia dovuta e quando non è fatto giudica che non vi sia ragione, ovvero stima d'essere sprezzato e concepisce odio”, en Sarpi, *Opere*, 1180.

⁴⁰ “[...] essente delle condizioni umane”, en Sarpi, *Opere*, 1173.

la posibilidad de cometer errores. Pero, sobre todo, instaba a atacar a los opositores en el ámbito de la comunicación pública, aprovechando la curiosidad estimulada por la aparición inesperada y no deseada de la publicidad.

En tal punto, Sarpi había delineado perfectamente el cambio de perspectiva que se había producido. La opinión en público había llevado a cada individuo a convertirse en juez de las acciones de los príncipes. Retroceder y bloquear los flujos de noticias ya no era posible, pues tal acción habría sido considerada como un gesto tiránico. La única solución posible era reconocer la aparición en escena de un nuevo actor político.

V

Las observaciones de Sarpi iban más allá de la simple constatación de los efectos de las opiniones en público. De hecho, expresaban un rápido y claro bosquejo de una opinión crítica hacia el poder. Otro elemento importante era que esta opinión alimentaba un sistema de información que estaba experimentando una decisiva evolución en aquel momento, caracterizada por flujos continuos que tendían a seguir ritmos regulares a lo largo del tiempo y que iban destinados a satisfacer una demanda social y profesional no homogénea. Aunque la percepción de esta nueva presencia era todavía vaga y poco definida, a partir de ese momento y en las décadas inmediatamente siguientes, el enorme desarrollo de la difusión de hojas políticas periódicas, tanto manuscritas como impresas, en toda Europa, acentuó este fenómeno. Fue un momento de intensa experimentación que presencié la afirmación de este género frente a las contradictorias acciones de los poderes, siempre oscilantes entre la drástica prohibición y la tentación de servirse de ellos para sus propios fines.

No entraré en detalles sobre este tema, ya que en los últimos años se han publicado numerosos estudios con una profundización específica en el caso de diversas regiones del continente europeo⁴¹. También dejaré de lado la antigua discusión sobre la aparición del sintagma “opinión pública” y de su definición, habiendo ya perdido la cuenta de las definiciones posibles que se han dado. En ocasiones se ha afirmado que la opinión pública “no es el nombre de algo, sino una clasificación de una serie de cosas”⁴². Es un hecho que apareció en los *Essais* de Montaigne con el sentido de opinión pública que juzga⁴³. Sin embargo, encontramos el concepto expresado en otros lugares con diferentes palabras. En esta ocasión, me centraré más en la relación entre estos instrumentos de información y la evolución específica de las características de la opinión pública que juzga.

En este sentido, resulta interesante la descripción que hizo Gregorio Leti (1630-1701), prolífico escritor italiano que, después de viajar por Ginebra, Francia e Inglaterra, finalmente encontró su lugar en Holanda, convirtiéndose en el elemento de conjunción ideal entre el libertinismo italiano de principios del siglo XVII, marcado por un fuerte espíritu antiespañol y anticlerical, y los albores

⁴¹ Sin intención de ser exhaustivos, remitimos a los trabajos de Brendan Dooley y Sabrina A. Baron, eds. *The politics of information in Early Modern Europe* (Londres, Nueva York: Routledge, 2001); Roger Chartier y Carmen Espejo, eds. *La aparición del periodismo en Europa: comunicación y propaganda en el Barroco* (Madrid: Marcial Pons, 2012); Johann Petitjean, *L'intelligence des choses: une histoire de l'information entre Italie et Méditerranée (XVIe-XVIIIe siècles)* (Roma: École française de Rome, 2013); Joad Raymond y Noah Moxham, eds. *News networks in Early Modern Europe* (Leiden, Boston: Brill, 2016).

⁴² “[...] is not the name of some thing, but a classification of a number of somethings”, en Harwood L. Childs, *Public Opinion. Nature, Formation and Role* (Princeton: Van Nostrand, 1965), 12.

⁴³ “C’est cette recette par laquelle Platon entreprend de chasser les de-naturées et preposter amours de son temps: qu’il estime souveraine et principale: assavoir que l’opinion publique les condamne; que les poètes, que chacun en face des mauvais contes [Es esta receta con la que Platón se propone ahuyentar los amores antinaturales y absurdos de su tiempo, que considera soberanos y principales: sabiendo que la opinión pública los condena; que los poetas, y cualquier otro, hagan maliciosas historias al respecto]”, en Montaigne, *Les Essais*, 120 [Essai XXII]. La traducción italiana de Girolamo Canini en 1629 mantuvo exactamente el tono. Además, cabe destacar que la expresión aparecía en diversas formas: “*opinione universale*”, “*opinione del mondo*”, “*opinione comune*”. Así podemos verlo en los *Discorsi* de Maquiavelo o en Francesco Guicciardini, con un significado más próximo a aquel de “fama”. Véase Landi, *Naissance de l’opinion publique*, 19-58.

de la Ilustración europea. Aunque Leti no utilizó la expresión de “opinión pública”, esbozó una amplia y explícita descripción de los mecanismos desencadenados por las transformaciones del sistema mediático, de sus efectos sobre la esfera pública y de sus relaciones con la política. En un *Dialogo* publicado en 1666, Leti conectó la cuestión con el tema de la libertad de expresión en política, dando amplio espacio a la dimensión efectiva de la cuestión: ¿cómo es que la manifestación pública de la opinión a través de nuevos media que la habían estimulado se había transformado en una suerte de tribunal capaz de evaluar sistemáticamente las acciones de los soberanos?⁴⁴ No nos encontramos ya en el terreno de una genérica fama o reputación, como ocurría anteriormente, desde Maquiavelo en adelante, sino de consideraciones relativas al funcionamiento de los instrumentos habituales de la comunicación, su papel en la formación de opiniones y la asunción consecuente de un papel político que no debe pasarse por alto.

El diálogo presentaba a dos personajes con opiniones opuestas, un consejero de Estado (probablemente napolitano) y un embajador de una república (probablemente veneciano), cada uno con su propia experiencia a sus espaldas. El primero estaba acostumbrado a un modelo de discusión política restringida al espacio de la cámara del príncipe y manifestaba una fuerte preocupación cuando se trasladaba fuera de ese ámbito. El segundo, en cambio, se sentía más cómodo en el debate público característico de las instituciones republicanas, teóricamente dentro de consejos a menudo muy numerosos, prelude de decisiones tomadas por votación, pero de hecho extendido a un espacio público mucho más amplio y difícil de delimitar. Ambos compartían algunas (pocas) creencias en común. Como ya se ha visto en el caso de Sarpi, eran conscientes de que, además de la labor de los confesores y predicadores, la cada vez más numerosa circulación y difusión de escritos políticos, en particular avisos y gacetas, había cambiado profundamente las condiciones en las que se ejercía el poder, ya que este estaba constantemente bajo la mirada del pueblo. Ambos tenían, por ello, una fuerte desconfianza hacia la “opinión del vulgo”, si no fuera por cuestiones de competencia (“para hablar de un dios hay que ser un buen teólogo y para hablar de un príncipe, un buen político”)⁴⁵. Además, había cambiado la relación entre lo privado y lo público. El pueblo, que tradicionalmente se dedicaba sólo a sus particulares ocupaciones, se había involucrado rápidamente en el debate público, tomando posición y perdiendo así su inocencia. Al margen de esto, el diálogo pretendía evidenciar las significativas diferencias existentes entre ambas posiciones.

El consejero expresaba su preocupación por las consecuencias de un debate público que alteraba radicalmente el contexto en el que los príncipes estaban habituados a ejercer el poder. En su opinión, la falta del silencio habitual y necesario que caracterizaba la relación entre el pueblo y el príncipe enfriaba la devoción y reverencia hacia este último. El pueblo, por lo tanto, se convertía en un peligro para el príncipe, ya que llegaba a conocer hechos que no era oportuno que supiera y en los que pretendía intervenir. El embajador, por su parte, era mucho más realista. Reconocía los cambios en curso y veía todos los peligros, pero no creía que fuera posible detenerlos. Sin duda, tampoco apreciaba que un príncipe pudiera ser juzgado por las “*lingue del volgo*”, pero sugería registrar las transformaciones operadas y estudiarlas. Consideraba que era responsabilidad de los soberanos, convencidos de que podrían sacar partido y de utilizarlos con fines de control social, si habían caído en manos del pueblo herramientas peligrosas que podían volverse en su contra, trivializando la comunicación y avivando en gran medida la curiosidad.

⁴⁴ El diálogo, titulado «Dialogo quarto nel quale si discorre se bene che i principi e republiche permettano ad ogni uno la libertà di parlare di cose di politica e di materie di stato» fue publicado de manera anónima, como muchos de los textos de Leti, como parte de los *Dialoghi politici o vero la politica che usano in questi tempi i principi e repubbliche italiane per conservare il loro stati e signorie* (Roma: Per Francesco Moneta, 1666), 241-340. Existen dos ediciones, una con falso pie de imprenta (Roma: Francesco Moneta, 1666) y otra idéntica a excepción del frontispicio, con lugar real de estampa (Ginebra: presso Pietro Chouët, 1666). Del volumen existe también una traducción anónima en francés que apareció unos años más tarde: *Dialogues politiques, ou bien la politique dont se servent au temps present les princes et republiques italiennes, pour conserver leurs etats et seigneuries* (París: Claude Garnier, 1681), 193-271.

⁴⁵ “[...] per parlar d'un Dio bisogna essere buon teólogo e per discorrer d'un prencipe buon politico”, en [Leti], «Dialogo quarto», 243.

Sin embargo, parecía imposible en este punto detener el proceso. Existía el riesgo de transmitir la idea de que se quería convertir a los príncipes en tiranos. Por esta razón, se hacía necesario considerar comportamientos individuales hasta entonces descuidados. Se requería una mayor cautela al castigar las palabras y prestar atención a aquellos que no expresaban públicamente sus opiniones (“un hombre que no habla no se sabe lo que esconde dentro de su corazón. Es un cañón que puedes ver, pero no sabes si está cargado o descargado”)⁴⁶. Habría sido mejor pensar en una libertad controlada, especialmente para los productos destinados al público en general.

El *Dialogo* fue una de las primeras ocasiones en las que se trazó un nexo preciso entre la evolución del sistema mediático y el poder, dejando de lado todas las observaciones más o menos moralistas sobre la opinión que habían caracterizado a quienes se habían ocupado de ello anteriormente. También desaparecía el antiguo conflicto entre verdad y opinión, sin que esta última, como ocurriría posteriormente, ocupase el lugar de la razón. Sin embargo, se reconocía definitivamente la existencia de un espacio público cuyos límites se estaban intentando definir y que inevitablemente asumía un papel político que no se podía ni ignorar ni reprimir. Además, se identificaban en las hojas periódicas de noticias los instrumentos que habían alimentado semejantes transformaciones, delineando un ambiente profundamente diferente al anterior. La difusión de las gacetas había generado una familiaridad con los asuntos políticos, mientras que su frecuencia periódica, marcada por conexiones postales regulares, había avivado la curiosidad y el gusto por participar en el debate:

Las gacetas hacen tan común este nombre de príncipe y república que cada día de publicación parece como si viéramos a los príncipes volando por el aire, mientras sólo hablamos de príncipes, charlamos de nada más que de príncipes y no se discurre nada más que de príncipes. A cada uno le parece que está permitido corregirlos, a todos les conviene reprenderlos y es necesario que todos comprendan los movimientos, acciones y propósitos de todas las cortes⁴⁷.

La imagen de los gobernantes volando “por el aire” en los días de correo representa de manera gráfica la idea de la perturbación que se estaba produciendo. Los nuevos instrumentos de comunicación incidían en la imaginación de los pueblos de manera imprevista, creando un clima que no podía ser moldeado a voluntad de los actores tradicionales. Según el consejero, la invención de las gacetas no había tenido los resultados que los gobernantes esperaban cuando algunos trataron de aprovecharse de la novedad, confiando en que gracias a aquellas hojas podría parecer más evidente su preocupación por el Estado y por los pueblos a él sujetos. Es un caso evidente de heterogénesis de los fines: “Es verdad –se consideraba– que allí la gente lee como está escrito, pero lo interpretan como les parece y la mayoría de las veces hacen del bien mal, pero no del mal bien”⁴⁸. La esfera pública no era simplemente un conjunto desordenado y caótico de opiniones individuales, sino que se había convertido en un sujeto político autónomo, no susceptible de ser reprimido por la fuerza, sino capaz de condicionar de manera determinante las acciones de los soberanos. Fue la constatación de esta nueva presencia lo que llevó a los gobernantes a tenerla en cuenta y a elaborar otras políticas, ya que las del pasado habían dejado de funcionar.

⁴⁶ “[...] un huomo che non parla non si sa ciò che nasconde dentro il suo cuore. Egli è un cannone che si vede, ma non si conosce s’è caricato o scaricato”, en [Leti], «Dialogo quarto», 277.

⁴⁷ “Rendono le gazzette tanto comune questo nome di Principe e di Repubblica che ogni giorno di posta par di vedere i precipi come volare per l’aria, mentre non si raggiona che di precipi non si chiacchiera che di precipi e non si discorre che di precipi. Ad ogni uno pare permesso di correggerli, a tutti conveniente di rimproverarli et a ciascuno necessario di penetrare gli andamenti, le ationi & i fini di tutte le corti”, en [Leti], «Dialogo quarto», 252-253.

⁴⁸ “Vero è che i popoli l[ei] leggono come sono scritt[i], ma l’interpretano come loro piace et il più sovente fanno del bene male, ma non già del male bene”, en [Leti], «Dialogo quarto», 255.

VI

En el *Dialogo* de Leti no faltan referencias a España y a sus dominios italianos, tomando como ejemplo el hecho de que en Nápoles y Milán aparecieron algunas de las primeras gacetas impresas de Italia, previa autorización de los respectivos gobiernos, inspirándose quizás en el modelo francés de la *Gazette* de Theophraste Renaudot de unos pocos años antes, concebido y realizado con el propósito de concentrar todos los flujos de noticias que circulaban en el país bajo el control de la monarquía. En Milán, el ejemplar más antiguo conocido data del 28 de noviembre de 1640, pero es posible que la experiencia tuviera algunos años de antigüedad. Cuando en 1647, el compilador Filippo Perlasca, autodenominándose “inventor de hazer emprimir las gazetas o sean occurencias del mundo”, solicitó al gobernador español del Estado de Milán el privilegio de impresión, declaró que había introducido las gacetas a sus expensas diez años antes⁴⁹. A este le siguió Francisco Fabro Bremundan, quien, trasladándose a Madrid en 1661, fundaría la *Gaceta Nueva*⁵⁰. En Nápoles, sin embargo, la documentación de archivo sugiere que la impresión de avisos podría haber comenzado entre 1638 y 1642, aunque hasta ahora no ha aparecido ningún ejemplar⁵¹.

Teniendo en mente tales circunstancias y haciendo referencia a la revolución napolitana de 1647, Leti volvió a abordar la relación entre medios de información, espacio público y resultados políticos. Nuevamente era el embajador quien hacía hincapié en el peligro de las palabras populares que habrían sido la base de la revuelta de Masaniello y de su éxito. “¿Quién habría imaginado a un Masaniello comandando ejércitos y hacerse obedecer por príncipes? –se preguntaba el embajador–. Sin embargo, todos lo hemos visto”⁵². Luego explicaba que fueron las gacetas las que crearon un nuevo tipo de relación entre el pueblo y el soberano, entre los gobernados y los gobernantes. Si antes los pueblos eran “*semplici* [simples]” y los príncipes “*scaltri e accorti* [astutos y precavidos]”, la aparición de las hojas de noticias había invertido rápidamente la relación. Los príncipes habrían comenzado a preocuparse más por cómo aparecían en ellos que por gobernar, mientras que los pueblos habían tomado como modelo lo que las gacetas les proponían “*per fantasticare* [para fantasear]”. Textos escritos y ampliaciones orales en los espacios públicos habían convertido esas fantasías en realidad. Como resultado, los soberanos, que habían dispuesto la impresión de gacetas precisamente para gobernar las opiniones y pasiones, y de paso para recordar a los pueblos la “*maestà del loro prencipe*”, se vieron desorientados e incapaces de reaccionar. En tal punto era imposible dar marcha atrás.

En Nápoles, unos años antes, los españoles habían intentado suspender la impresión de las gacetas y avisos después de haberlos autorizado durante algún tiempo, al darse cuenta del crecimiento exponencial de la curiosidad y los rumores que surgían casi “*sempre il giorno di posta e durano tutta intiera la settimana* [siempre el día de llegada del correo y duran toda la semana]”, siempre difíciles de controlar. Sin embargo, se vieron obligados a desistir debido a las numerosas

⁴⁹ Infelise, *Prima dei giornali*, 162-163. Sobre el contexto milanés remitimos a Gianvittorio Signorotto, «Milano nella guerra dei Trent'Anni. Informazione politica, mobilitazione, conflitti», *Rivista Storica Italiana* 130 (2018): 895-918.

⁵⁰ Henry Ettinghausen, «Politics and the press in Spain», en *The Politics of Information*, ed. por Dooley y Baron, 199-215.

⁵¹ Sobre las gacetas napolitanas Ulisse Prota-Giurleo, *I teatri di Napoli nel '600. La commedia e le maschere* (Nápoles: Fiorentino, 1962), 255-256; Nino Cortese, *Cultura e politica a Napoli dal Cinquecento al Settecento* (Nápoles: ESI, 1965), 163-184; Davide Boerio, «News from Naples (1647-1648). Communicative Effects, Public Spaces and the Media Landscape», en *Tales of Two Cities: News, Stories and Media Events in Early Modern Florence and Naples*, ed. por Vincenzo Caputo, Lorenza Gianfrancesco y Pasquale Palmieri (Roma: Viella, 2023), 63-89. Más en general, sobre las hojas de información y pública opinión en los dominios españoles, véase Antonio Castillo Gómez «“There are lots of papers going around and it'd be better if there weren't”. Broad-sides and Public Opinion in the Spanish Monarchy in the Seventeenth Century», en *Beyond the Public Sphere: Opinions, Publics, Spaces in Early Modern Europe*, ed. por Massimo Rospoche (Bolonia, Berlín: Il Mulino/Duncker & Humblot, 2012), 227-248.

⁵² “*Chi avrebbe pensato a un Masaniello comandare eserciti e farsi ubbidire da principi? [...] Eppure l'abbiamo tutti veduto*”, en [Leti], «Dialogo quarto», 324.

contraindicaciones. En su lugar, optaron por una supervisión más estricta y por el control indiscriminado de las palabras, sin obtener mejores resultados.

Una observación del embajador sobre la relación entre la lectura y la difusión de opiniones en el espacio público parece bastante perspicaz. Observaba que en Nápoles estaban prohibidos los libros que genéricamente “*parlano di rivoluzione*”, no tanto por la peligrosidad inherente de los libros en sí, ya que la lectura era una experiencia privada, sino porque la lectura daba vida al discurso público y “una sola palabra en la plaza hace más daño que diez libros en un gabinete”⁵³.

El intercambio entre el embajador y el consejero relatado por Leti, es decir, entre una visión generalmente republicana y otra absolutista, podría concluirse con lo que podríamos llamar la paradoja de los caballos de San Marcos. El consejero contaba lo que le habría sucedido a un napolitano en Venecia después de afirmar que los cuatro caballos de bronce colocados en la basílica de San Marcos habrían sido perfectos si hubieran tenido bridas. Por este motivo fue inmediatamente capturado y encarcelado sin que se supiera más de él, habiéndose expresado en contra de un bastión de la libertad veneciana. Los caballos sin bridas representaban, de hecho, la libertad y “embridarlos parecería un desprecio de aquella libertad inviolable”⁵⁴. El embajador respondió que el caso le parecía increíble. El napolitano no tenía intención de ofender y, si se castigaran todas las situaciones similares, el mundo entero se habría convertido en “*una prigione*”. También señalaba que “la palabra del hombre no es ejército, no planta un asedio, no cambia reinos, no muda repúblicas”, especialmente cuando de secreta pasa a ser pública.

Este breve relato resonaba, desmitificando el ya extendido mito veneciano de un poder tiránico e impersonal basado en impenetrables procedimientos secretos, pero se desviaba de inmediato hacia un tema que adquiriría enorme relevancia en el siguiente siglo: aquel de la dimensión pública de la palabra y de la libertad de expresión⁵⁵.

Bibliografía

- Álamos de Barrientos, Baltasar. *Tácito español ilustrado con aforismos*. Madrid: por Luis Sánchez, a su costa, y de Iuan Hasrey, 1614.
- Azzoguidi, Maccagnano degli. *De communi opinione libri tres*. Turín: apud Martinum Cravotum, 1562.
- Balsamo, Luigi. *Antonio Possevino S.I. bibliografo della Controriforma e diffusione della sua opera in area anglicana*. Florencia: Olschki, 2006.
- Boerio, Davide. «News from Naples (1647-1648). Communicative Effects, Public Spaces and the Media Landscape». En *Tales of Two Cities: News, Stories and Media Events in Early Modern Florence and Naples*, editado por Vincenzo Caputo, Lorenza Gianfrancesco y Pasquale Palmieri, 63-89. Roma: Viella, 2023.
- Cabei, Giulio Cesare. *Ornamenti della gentil donna vedova. Opera nella quale ordinatamente si tratta di tutte le cose necessarie allo stato vedovile*. Venecia: appresso Christoforo Zanetti, 1574.
- Cabei, Giulio Cesare. *Vanità di opinione e di fortuna, discorso [...] utile, e dilettevole a studiosi di buone lettere*. Conegliano: Marco de Claseri, 1611.
- Cardano, Girolamo. *De utilitate ex adversis capienda*. Basilea: per Henrichum Petri, 1561.
- Castillo Gómez, Antonio. «“There are lots of papers going around and it’d be better if there weren’t”. Broadsides and Public Opinion in the Spanish Monarchy in the Seventeenth Century». En *Beyond the Public Sphere: Opinions, Publics, Spaces in Early Modern Europe*, editado por Massimo Rospocher, 227-248. Bolonia, Berlín: Il Mulino/Duncker & Humblot, 2012.
- Charron, Pierre. *De la Sagesse [...]*, 2ª ed. París: Chez David Douceur libraire iuré rue Sainct Jacques a l’enseigne du Mercure arresté, 1604.
- Chartier, Roger y Carmen Espejo, eds. *La aparición del periodismo en Europa: comunicación y propaganda en el Barroco*. Madrid: Marcial Pons, 2012.

⁵³ “[...] una parola in piazza fa più male che dieci libri in un gabinetto”, en [Leti], «Dialogo quarto», 253.

⁵⁴ “[...] imbrigliarli parrebbe un disprezzo di quella inviolabile libertà”; y “[...] la parola dell’uomo non è esercito, non forma assedio, non cambia regni, non muta repubbliche”, en [Leti], «Dialogo quarto», 315-320.

⁵⁵ Conflicto de intereses: ninguno.

- Constitutio contra scribentes exemplantes, & dictantes monita vulgo dicta gli avisi, & ritorni.* Roma: apud haeredes Antonii Bladi impressores Camerales, 1572.
- Cortese, Nino. *Cultura e politica a Napoli dal Cinquecento al Settecento.* Nápoles: ESI, 1965.
- De Vivo, Filippo. «“Il vero termine di reggere il suddito”: Paolo Sarpi e l'informazione». En *Ripensando Paolo Sarpi*, editado por Corrado Pin, 237-270. Venecia: Ateneo Veneto, 2006.
- De Vivo, Filippo. *Patrizi, informatori, barbieri: politica e comunicazione a Venezia nella prima età moderna.* Milán: Feltrinelli, 2012.
- Dooley, Brendan. *The Social History of Skepticism: Experience and Doubt in Early Modern Culture.* Baltimore, Londres: Johns Hopkins University Press, 1999.
- Dooley, Brendan y Sabrina A. Baron, eds. *The Politics of Information in Early Modern Europe.* Londres, Nueva York: Routledge, 2001.
- Ettinghausen, Henry. «Politics and the Press in Spain». En *The Politics of Information in Early Modern Europe*, editado por Brendan Dooley y Sabrina A. Baron, 199-215. Londres, Nueva York: Routledge, 2001.
- Fragno, Gigliola. *Rinascimento perduto: la letteratura italiana sotto gli occhi dei censori (secoli XV-XVII).* Bolonia: Il Mulino, 2022.
- Genovesi, Antonio. *Lettere familiari.* Nápoles: presso Vincenzo Orsino ed a spese di Giacomo-Antonio Venaccia, 1788.
- Guaragnella, Pasquale. «“Agnosco Stylum”. Un consulto di Paolo Sarpi e la retorica». En *Gli occhi della mente. Stili nel Seicento italiano*, editado por Pasquale Guaragnella, 41-122. Bari: Palomar, 1997.
- Gunn, John Alexander Wilson. *Queen of the World: Opinion in the Public Life of France from the Renaissance to the Revolution.* Oxford: Voltaire foundation, 1995.
- Infelise, Mario. *Prima dei giornali. Alle origini della pubblica informazione.* Roma, Bari: Laterza, 2002.
- Landi, Sandro. *Naissance de l'opinion publique dans l'Italie moderne: sagesse du peuple et savoir de gouvernement de Machiavel aux lumières.* Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2006.
- Les Pensées de Blaise Pascal.* Consultado el 11-10-2023. <http://www.penseesdepascal.fr/Vanite/Vanite31-moderne.php>.
- [Leti, Gregorio]. «Dialogo quarto nel quale si discorre se bene che i principi e republiche permettano ad ogni uno la libertà di parlare di cose di politica e di materie di stato». En Gregorio Leti, *Dialoghi politici o vero la politica che usano in questi tempi i precipi e repubbliche italiane per conservare il loro stati e signorie*, 241-340. Roma: Francesco Moneta, 1666; Ginebra: presso Pietro Chouët, 1666.
- [Leti, Gregorio]. «Dialogue quatrième. Dans lequel on traite si cela est bien que les Princes & les Republiques permettent a un chacun la liberté de parler des affaires de politique, & des matieres d'État». En Gregorio Leti, *Dialogues politiques, ou bien la politique dont se servent au temps présent les princes et republiques italiennes, pour conserver leurs etats et seigneuries*, 193-271. París: Claude Garnier, 1681.
- Malcolm, Noel. *Reason of State, Propaganda, and the Thirty Years' War: an Unknown Translation by Thomas Hobbes.* Oxford, Nueva York: Oxford University Press/Clarendon Press, 2010.
- Micanzio, Fulgenzio. *Vita del padre Paolo*, en Paolo Sarpi, *Istoria del Concilio tridentino*, editado por Corrado Vivanti, 1274-1413. Turín: Einaudi, 1974.
- Montaigne, Michel de. *Les essais*, editado por Jean Balsamo, Michel Magnien y Catherine Magnien-Simonin. París: Gallimard, 2007.
- Murillo Ferrol, Francisco. *Saavedra Fajardo y la política del barroco.* Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1989.
- Naudé, Gabriel. *Considérations politiques sur les coups d'état.* Roma: s. i., 1639.
- Noelle-Neumann, Elisabeth. *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social.* Barcelona: Paidós, 1995.
- Pascal, Blaise. *Pensées [...] sur la religion et sur quelques autres suiets, qui ont esté trouvées après sa mort parmy ses papiers*, editado por Philippe Sellier. París: Classic Garnier, 2011.

- Petitjean, Johann. *L'intelligence des choses: une histoire de l'information entre Italie et Méditerranée (XVIe-XVIIe siècles)*. Roma: École française de Rome, 2013.
- Possevino, Antonio. *Bibliotheca selecta*. Roma: Tipografia apostolica vaticana, 1593.
- Possevino, Antonio. *Coltura de gl'ingegni [...] nella quale con molta dottrina, & giuditio si mostrano li doni che gl'ingegni dell'huomo ha posto Iddio, la uarietà, & inclinatione loro, e di doue nasce, & come si conosca, li modi, e mezi d'essercitarli per le discipline, li rimedij a gl'impedimenti, li colleggi, & vniversità, l'uso de' buoni libri, e la correctione de' cattiuu*. Vicenza: appresso Giorgio Greco, 1598.
- Prota-Giurleo, Ulisse. *I teatri di Napoli nel '600. La commedia e le maschere*. Nápoles: Fiorentino, 1962.
- Raymond, Joan y Noah Moxham, eds. *News Networks in Early Modern Europe*. Leiden, Boston: Brill, 2016.
- Rospocher, Massimo. *Il papa guerriero. Giulio II nello spazio pubblico europeo*. Bologna: Il Mulino, 2015.
- Saavedra Fajardo, Diego. *Idea de un príncipe político cristiano representada en cien empresas*. En Múnich: 1640; en Milán, 1642.
- Sangalli, Maurizio. «Dell'educazione, tra teoria e prassi: Paolo Sarpi e i Teatini di Bergamo». En *Ripensando Paolo Sarpi*, editado por Corrado Pin, 439-460. Venecia: Ateneo Veneto, 2006.
- Sarpi, Paolo. «Del confutar scritte malediche». En Paolo Sarpi, *Opere*, editado por Gaetano Cozzi y Luisa Cozzi, 1167-1180. Milán, Nápoles: Ricciardi, 1979.
- Sarpi, Paolo. *Opere*, editado por Gaetano Cozzi y Luisa Cozzi. Milán, Nápoles: Ricciardi, 1979.
- Sarpi, Paolo. *Miscellanea di osservazioni intorno ai principii dell'arte di ben pensare*. En *Pensieri naturali, metafisici e matematici*, editado por Luisa Cozzi y Libero Sosio, 577-598. Milán, Nápoles: Ricciardi, 1996.
- Sarpi, Paolo. *Sopra l'officio dell'Inquisizione*, editado por Corrado Pin. Venecia: Istituto veneto di scienze, lettere ed arti, 2018.
- Sbarra, Francesco. *La forza dell'opinione dramma morale [...] rappresentato in musica nel Seminario di Lucca l'anno 1658*. Luca: per Iacinto Paci & c., 1658.
- Secretissima instructio, Gallo-Britanno-Batava, Friderico V comiti Palatino electori [sic] data. Ex Gallico conversa, ac bono publico, in lucem evulgata*. S. l.: s. i., 1620.
- Signorotto, Gianvittorio. «Milano nella guerra dei Trent'Anni. Informazione politica, mobilitazione, conflitti». *Rivista Storica Italiana* 130 (2018): 895-918.
- Tácito, Publio Cornelio. *Opere*. Venecia: presso Paolo Baglioni, 1665.